

—Ojalá señor le contestó Morelos, no es ya este el momento oportuno de entrar en estas pláticas. Le hizo señal á Soana de que se lo llevara.

Como las cosas estaban muy calientes, más de trescientos europeos entre otros oficiales y voluntarios fueron condenados á muerte, pero Morelos, cuando á los tres días le pidieron que les perdonara á los

### CAPITULO XXXVII.

—Nuevos aprestos.

Habían pasado unos veinte días despues del brillante triunfo de Morelos en Oaxaca, tan brillante como que habia tomado por asalto en dos horas una plaza bien artillada, amurallada y defendida por tres mil hombres, entre los que por lo menos habia mil europeos de tropas regulares, ganando un rico botin y una gloria que debia repercutir en todos los ámbitos de la Nacion, cuando una noche descansando de las fatigas del dia que lo habia empleado en pasar revista á sus tropas, despues de haber hecho su frugal colacion, se encontraba en el corredor de la casa que le servia de alojamiento ocupado en departir amistosamente con sus criados Francisco y Nicolás, que en tales oportunidades no dejaban de hacer recuerdos de sus casas y familias, á las que tenian casi abandonadas, por cuya razon el cura les decia con tono de gran conviccion:

—No se desesperen ustedes, amigos míos, que yo les ofrezco que despues de dejar arreglada toda esta parte del Sur, que será muy pronto, tenemos que ir á Valladolid para de allí emprender nuestra última y definitiva campaña.

—¿De veras? habia preguntado Colás alegremente.

—Y ¿cómo cuánto tiempo tardará eso? preguntó á su vez Francisco.

—Dentro de cuatro meses si se realizan los proyectos que tengo, estaremos entrando en Valladolid, le contestó el cura.

En esos momentos, se presentó un oficial á participarle que acababa de llegar un correo.

Morelos dió orden de que lo siguiera aquel á su gabinete á donde se dirigió desde luego.

El pliego que le entregó el correo contenia estas pocas palabras: "Aguila con mas de mil hombres salió de Tehuacan y se dirige para Oaxaca; detras de él viene el brigadier Olazábal con mas fuerzas." Firmaba el papel un comerciante en quien el cura tenia completa confianza.

Ordenó que se diera algo de dinero al correo segun la costumbre y se quedó solo examinando el papel á la luz de la vela. Despues de un momento de reflexion dijo hablando consigo mismo:

—Bueno, que vengan, los pasos del camino son difíciles y están bien cuidados; pero si fuere necesario mandaré á Galeana con toda la caballeria y dará buena cuenta de ellos. Por ahora tenemos tiempo sobrado para seguirnos arreglando con toda calma.



Pero apenas acababa de hacer estas reflexiones cuando le fué anunciado un sacerdote que llegaba de fuera y que tenía gran empeño en hablarle.

—Que entre, que entre ese hermano, exclamó Morelos con jovialidad metiendo el papel en la gaveta.

Entró el fraile, que era nada menos un franciscano, y después de besar la mano al cura y de echar una mirada en derredor para cerciorarse de que estaban solos, preguntó:

—¿Puedo hablar?

—Siempre se puede hablar en mi presencia, hermano, le contestó Morelos.

—Soy el hermano Fray Sacramento, del hábito de nuestro padre Sr. San Francisco, enviado por mis superiores á cumplir una penitencia en Guatemala, de donde regreso con el fin de entrar á la revolución....

—Buen propósito trae el hermano Sacramento, le contestó Morelos, alegrándose de que hubiera llegado á lo que creía el principal asunto.

—Y venia caminando, caminando en mi mula y deteniéndome en las fincas en que me hacian la caridad de darme albergue, cuando en un punto que llaman Venta de Leon, fuí alcanzado por un destacamento realista.....

—Buen susto ha de haber dado á su reverencia el destacamento realista.

—Estuvo muy bueno, excelentísimo señor general de los ejércitos independientes; pero más grande cuando hablando, hablando, con el oficial que los comanda-

ba supe de su propia boca que no era mas que la descubierta de unas grandes legiones que vienen á marchas forzadas creyendo llegar á tiempo de proteger la plaza de Oaxaca que todavía creen en poder del infortunado Saravia, que allá en Guatemala fué el gobernador.

—Vamos por partes: ¿quién es el jefe que manda todas esas tropas?

—Un teniente coronel llamado D. Manuel Dambriñi.

—Pero antes de todo quiero que me hablé con su reverencia que serian?

—Como unos ochocientos ó mil.

—Y cuánto tiempo tardarán en llegar á esta provincia?

—Como unos quince ó veinte dias, porque tan luego como yo estuve informado del asunto salí á media noche y vine remudando bestias para traer la noticia, una vez que supe tambien que vuestra excelencia, á quien tanto venero, estaba ocupando esta plaza.

—Bien, hermano, bien; busque alojamiento ó alójese aquí mismo si gusta esta noche y mañana recompensaré su servicio.

—Oh señor! Yo no quiero sino pelear como último soldado.

—Vaya á descansar, hermano.

Morelos se libertó del fraile como pudo, porque no daba trazas de cortar el hilo de la conversacion y luego dijo á su ayudante que estaba fuera esperando órdenes:



—Yaya usted y diga á Matamoros que venga en el acto.

El oficial se fué corriendo y antes de media hora estaba de vuelta acompañado del cura Matamoros.

—Siéntese su señoría, le dijo Morelos, que tengo que confiarle una comision de importancia.

Matamoros se sentó como hombre resuelto á cumplir la comision que se le encomendara cualquiera que fuera.

—Pero antes de todo quiero que echemos un vistazo á nuestra situacion.

—Que por ahora se nos presenta algo bonancible, contestó Matamoros arrellenándose en un sillón forrado de piel de becerro.

—No es mala, no es mala, dijo á su vez Morelos; pero necesitamos sostenerla y sacarle el mayor provecho posible.

—Me parece que su señoría no se ha dormido, como suelen decir, sobre sus laureles.

—Sí, señor cura, ó señor general, como prefiera que lo trate, ya que entre nosotros eso de los títulos es lo de menos, con el triunfo del mes pasado adquirido en esta plaza, hemos ganado mas de sesenta cañones, mas de dos mil fusiles, mas de un millon de pesos en efectos quitados al enemigo, el cacao y tabaco que fué á recoger D. Vicente Guerrero en Tehuantepec y disponemos de una zona extensa que llega hasta los mares, la cual tenemos que conservar á todo trance.

—Eso es lo que yo me he dicho muchas veces y por eso he vestido y dado á mis tropas la mejor organizacion posible.

—Allí tenemos á D. Manuel Terán que es inteligente como pocos metido en el arzobispado componiendo todo el armamento.

—He visitado la maestranza que tiene Terán y he visto que trabaja con mucho empeño.

—Acá tenemos á D. Antonio Sesma nombrado intendente para que se observe orden en los pagos.

—Y puedo dar fé de que cumple bien su cometido.

—Tenemos al Dr. Herrera encargado de la redacion de nuestro periódico *El Correo Americano del Sur* y muy pronto tendremos aquí á D. Carlos Maria Bustamante, á quien he mandado llamar para que dé mayor impulso á nuestra publicacion.

—Yo aseguro á usted, señor general que si pudiéramos tener cuatro periódicos en los cuatro puntos cardinales.

—Los indios no saben leer en lo general y aun tenemos gefes de cierta importancia que no saben ni jota; pero los papeles circulan sin embargo y los que saben se los leen á los otros y siquiera se imponen de las noticias.

—Los españoles han sabido bien lo que han hecho cuando tanto se han resistido á fundar bastantes escuelas.

—Por lo que hace al rumbo de Jamiltepec, que es por la única parte por donde habia enemigo serio que



combatir, ya he mandado con fuerzas suficientes á D. Víctor y á D. Miguel Bravo, que son gefes tan valientes como cumplidos y leales.

—Yo los ví pelear con mucho arrojo, cuando se lanzaron al frente de su columna en el día que atacamos esta plaza. ¿Con que ellos fueron los destinados á ir á habérselas con París?

—Sí, señor cura, y en verdad que es enemigo temible, porque no le faltan ni audacia, ni astucia, ni actividad.

—Pero los Bravo están deseosos de lucirse en una campaña en que ellos puedan dirigirse solos, principalmente si esa campaña la hacen en sus terrenos.

—Pues bien, señor cura Matamoros, ya tenemos toda la provincia de Oaxaca y buena parte de las otras que con ella colindan; ya tenemos aquí un gobierno militar y civil regularmente establecido; ya estamos, se puede decir, en un pié de guerra en que no habíamos estado nunca, pues sin las fuerzas que hemos destacado podremos reunir unos cuatro y queriendo hasta unos cinco mil hombres bien disciplinados, pero...

—¡Ah! ¿tenemos un pero?

—Ese pero es el que me ha hecho llamar apresuradamente á su señoría.

—Ya escucho á vuestra excelencia, exclamó Matamoros acercando su silla y poniéndose grave.

—Aunque Llano y Aguila y todos los realistas que han tenido que ver con nosotros han dicho que estamos destruidos y las gacetas del gobierno nos han

dado por muertos, lo cierto es que el virey, por sí ó por no, ha tomado providencias y nos manda fuerzas por todas partes.

—Ya me lo esperaba; el esfuerzo que hizo el gobierno para quitarnos á Cuautla, lo hará para quitarnos á Oaxaca.

—Bien es que ahora nuestra situación no es la misma y de consiguiente no nos encerraremos.

—¿Y qué fuerzas son esas que vienen á atacarnos?

—Por Tehuacan y Perote vienen Olazábal y Aguila con dos secciones distintas que pueden hacer hasta unos dos mil hombres; pero esos no me dan cuidado. Es tan difícil el camino que tendrían que recorrer en caso que se animaran y serían tan molestados en él por las partidas que cuidan los puntos, que cuando pudieran llegar aquí quedaria menos de la mitad y con Galeana habria para acabar de despedazarlos.

—Entonces.....

—Entonces el que me da cuidado es un tal Dambrini que viene de Guatemala con ochocientos ó mil hombres en su mayor parte gachupines que pueden descomponernos todo el tinglado de la costa.

—¿Y de ese Dambrini es del que va á encargarme su excelencia?

—Exactamente, mi querido Sr. Matamoros, quiero que la gloria de librarnos de esa gente sea de su señoría, para que se me presente la oportunidad de darle la banda de teniente general, que podrá usar ya despues de esa victoria.



Los ojos de Matamoros brillaron desmintiendo las palabras que pronunció en seguida, diciendo:

—¡Oh señor Capitan General! Yo no soy ambicioso y puedo esperarme así á tener mayores méritos.

A la sazón ya Morelos habia recibido el nombramiento que la Junta Suprema le habia remitido de Capitan General y con el uniforme respectivo habia concurrido á la jura que se hizo en Oaxaca de la mencionada Junta.

—Lo dicho, dicho, Sr. cura Matamoros, en las manos de su señoría está ser teniente general antes que Galeana y los Bravo.

Matamoros no quiso insistir en sus protestas de humildad, sino que saludó y se fué con marcadas muestras de satisfaccion pintadas en el semblante.

—El triunfará, exclamó Morelos para sí viéndole alejarse, he conocido que el curita es muy ambicioso de relumbrones y será capaz de dejarse matar por tal de conseguir la banda de teniente general que le he ofrecido.

Como se dijo se hizo, saliendo á los pocos dias Matamoros con una division de mil quinientos hombres de los mismos que él habia vestido y organizado, llevándose al hermano Sacramento en sus filas como ayudante y capellan.

Otros pocos dias habian pasado, cuando el cura Morelos despues de hacer todos los arreglos que necesitaba, que en aquel tiempo como ahora se hacian con lentitud, mandó llamar una mañana temprano á Galeana.

—Estoy de muy buen humor, le dijo, tanto porque tengo muchas noticias como porque hemos quedado solos usted y yo para que nos pongamos en campaña.

—Vamos á salir de Oaxaca?

—Mañana mismo.

—Gracias á Dios, mi general.

—¿Por qué gracias á Dios?

—Porque el descanso tambien fastidia cuando es prolongado.

—Ha habido mucho que hacer aquí hasta con los buques extranjeros que han llegado en estos dias á los puertos.

—Ya, ya he visto á su excelencia sumido en el trabajo, en tanto que nosotros.....

—En tanto que ustedes tambien han trabajado alistando sus tropas.

Galeana hizo una inclinacion y como pareciera dispuesto á marcharse, Morelos le tomó de un brazo y atrayéndole al estrado le dijo:

—Siéntese usted que tenemos que hablar un momento.

Galeana se sentó y dijo con la franqueza que le era habitual:

—Ya escucho á su excelencia.

—Comenzaré diciendo á usía, señor general Galeana, que todavia hoy al levantarme, si bien sabia que teniamos necesidad de salir de aquí cuanto antes, no me fijaba en un plan determinado, atendiendo á la fuerza que he reservado para nuestras operaciones, pues todas las principales las dejo cuidando esta pro-



vincia y listas para acudir cuando sea preciso á donde las llamemos.

—Yo opino, contestó Galeana, y permítame su excelencia que le dé mi opinion antes de conocer la suya, por que marchemos á tomar á Acapulco, para que de ese modo tengamos dos puertos importantes mientras D. Nicolás Bravo, segun nos ha ofrecido, se apodera de Veracruz.

—Precisamente es la idea en que me he afirmado despues de cavilar entre otras muchas; pero como usted es el principal que ha de ayudarme en esa empresa, necesitaba tener su aprobacion. Se nos presentaban todos estos caminos despues del triunfo adquirido en esta plaza: ó marchar con todos los elementos reunidos sobre Puebla y México, ó reforzar á Bravo para rehacernos de Orizaba y tomar á Córdoba y Veracruz, ó hacernos de Toluca para establecer allí un centro de operaciones de acuerdo con la Junta Suprema; pero á todos esos planes les he encontrado varios inconvenientes y me ha parecido, si no el mejor, al menos el mas pronto el de irnos sobre Acapulco, que es la única manera que tenemos de seguir conservando esta plaza, dejándola bien cubierta con Matamoros, Rocha y Sesma, fuera de Víctor Bravo que me cuidará los linderos de Puebla.

—Muy bien pensado, muy bien pensado.....

—Expresé usted todo su pensamiento, porque me parece que algo se reserva.

—Solo que esos gefes se quedan con las fuerzas veteranas y nosotros vamos á llevarnos las más inútiles.

—Sí, las que hemos formado aquí que probablemente se nos desertarán; pero esto lo hago intencionalmente. El gobierno cuidará de mandar sus mejores tropas á donde vayamos nosotros y las entretendremos con escaramuzas, mientras que podemos conservar las buenas que aquí dejamos para cuando se nos ofrezca un lance de importancia. ¿Comprende usted mi plan? Nosotros nos llevamos las fuerzas peores para llamar la atencion y dejamos á Matamoros y demas generales las buenas, para que aventajen todo lo que puedan mientras les entretenemos al gobierno.

—Es verdad, no se me habia ocurrido, dijo Galeana.

—Así es que con los quinientos hombres de la costa que usted tiene y que valen por mil, tenemos lo bastante para capotearlos. Ahora diré á usted en resúmen las noticias que he recibido. Los miembros de la Junta se han separado y anda cada cual á la cabeza de una guerrilla atacando con varia suerte las poblaciones, de manera que necesitamos darles un sitio en que puedan reunirse á gobernar con tranquilidad, pues hacen mal papel de guerreros. Hasta el pobre Dr. Cos anda con una fuerza y tuvo el atrevimiento de atacar á Guanajuato de donde fué rechazado. A Liceaga le tomó Iturbide la isla de Yuriria que habia fortificado y escapó de caer prisionero. Lo sensible es que los miembros de la Junta estén peleados por sus malas operaciones hasta el punto de querer declarar traidor á Rayon, que por torpe y díscolo que



sea es un buen patriota. Bravo, D. Nicolás, atacó valerosamente á Jalapa; pero fué rechazado. Sin embargo, nunca pueden ser grandes las pérdidas de ese gefe porque lo protejen los comerciantes de Veracruz, encantados de su incansable generosidad. Bravo por su parte, siempre tiene los brazos abiertos para todo el mundo. Los Villagran, Osorno y tantos otros, siguen por aquí y por allá robando y haciendo diabluras sin obedecer á nadie, á los cuales me propongo meter en cintura, si es que tengo tiempo. En fin, amigo mío, se puede decir que nosotros somos los únicos que estamos un poco menos débiles que los demas para sostener el estandarte de la independencia y que la patria lo espera de nosotros, de modo que estamos en el deber de hacer los sacrificios que podamos para sostener lo que hemos conquistado y para extendernos mas si es posible, á fin de que los demas partidarios de la libertad cobren ánimo y formen la resolucion de seguirnos.

Galeana, que no habia parpadeado, contestó:

—Mi sangre toda está á las órdenes de su excelencia y al servicio de la patria.

Morelos lo abrazó como de costumbre y le dijo enternecido:

—Pues mañana salimos temprano, hijo mio, y Dios sea con nosotros.

Al dia siguiente, 9 de Enero de 1813, salieron ambos con un poco menos de dos mil hombres de Oaxaca por distintos caminos, con el acuerdo de reunirse en Ométepec.

### CAPITULO XXXVIII

#### NUEVO VIREY

Dejemos al óptimo capitán general Sr. Cura Morelos haciendo su marcha encubierta para Acapulco con unas cuantas tropas á medio organizar, confiando mas que en ellas en su fortuna y en su nombre, cuyo movimiento fué tan inesperado para los realistas como tantos con que se hizo admirar y temer el gefe insurgente, y ofreciendo volvernó á encontrar con muy pronto, veamos lo que estaba pasando casi al mismo tiempo en la capital.

Entremos al suntuoso palacio del conde del Jaral, llamado, segun dijimos antes, la casa de los marqueses de Moncada, y en un gabinete apartado encontraremos á tres hombres de los cuales dos nos son conocidos: Calleja y Beristain, siendo el tercero Don Bernardo Villamil, secretario del primero. Era el